

El embajador Harry Belevan-McBride es un diplomático peruano en retiro que, en sus 43 años de carrera, sirvió en varias ocasiones como director general y como subsecretario en la cancillería y, en el exterior, en distintas misiones diplomáticas en Europa, las Américas, África y Asia. Se desempeñó asimismo como embajador del Perú en Lisboa, Viena, La Paz, París, la UNESCO y la Oficina de las Naciones Unidas en Austria, culminando su carrera como Rector de la Academia Diplomática. Es Doctor Honoris Causa de la Universidad del Havre, Francia; Vicepresidente interino de la Academia Peruana de la Lengua; miembro Correspondiente de la Real Academia Española; miembro del Instituto Ricardo Palma y Profesor Honorario en dicha universidad, así como miembro titular de la Sociedad Peruana de Derecho Internacional. Como escritor ha publicado una docena de libros en los géneros de la novela, el cuento, el teatro y el ensayo. Desde el 2013 dirige el Instituto Raúl Porras Barrenechea de la Universidad de San Marcos.

Ponencia del Embajador Harry Belevan-McBride, Director Ejecutivo del Instituto Raúl Porras Barrenechea, centro de investigaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con motivo del 125 aniversario del nacimiento del Doctor Raúl Porras Barrenechea. Academia Diplomática Javier Pérez de Cuéllar. 29 de abril del 2022.

Señor doctor César Landa Arroyo, Ministro de Relaciones Exteriores.

Señor Embajador Gustavo Meza Cuadra, Director de la Academia Diplomática.

Señora Doctora Cecilia Bákula Budge.

Estudiantes, colegas, amigos todos.

Es con sentimientos encontrados, mezcla de satisfacción y nostalgia, que regreso hoy a las aulas de esta Academia Diplomática que --permítanme recordarlo, sin jactancias pero con íntima satisfacción— lleva el nombre que me honré en proponer hace más de una década al presidente y canciller de entonces, cuando me desempeñaba como rector de este centro de estudios, y volver también a este mismo solar al que tuve la dicha, asimismo, de darle su nombre actual, en lo que constituyó mi último acto en el cargo y en mi carrera.

Se me ha solicitado hablar de Raúl Porras Barrenechea en ocasión del 125 aniversario de su nacimiento, ese que recordábamos la semana pasada en un coloquio organizado, como todos los años, por el Instituto que lleva su ilustre nombre. He pensado entonces que, en lugar de malgastar el tiempo intentando improvisar de memoria algunos datos del perfil del Maestro Porras, mejor sería leer unos extractos de un ensayo llamado “En los fueros del espíritu” que integra mi más reciente libro intitulado *Textos*, de próxima publicación.

Hablar sobre Raúl Porras Barrenechea no sólo es un reto al espíritu, sino que podría resultar una tarea interminable si debiera hacerse referencia a todo lo que él abordó y cultivó en el vasto campo de las humanidades, por tratarse de una de las figuras más emblemáticas de la intelectualidad peruana del siglo

XX –emblemática y multifacética, añadiría, debido a su vida y obra entregadas por entero a la docencia, la historiografía, la diplomacia, la política y otras disciplinas con las que apuntó a un solo objetivo, que fue la pasión de su vida: el Perú.

Una semblanza de este insigne peruano debe comenzar precisando que, aunque pisqueño de nacimiento, Porras representa el arquetipo del genio limeño del siglo pasado. Porque él es, entre apenas un puñado de otros nombres célebres, probablemente el que más estudió y mejor desentrañó el alma de la capital peruana en su trance republicano puesto que Lima, se la defina con despecho como lo hizo Salazar Bondy, o con desencanto como la describieran Ribeyro y Loayza, o con la frialdad quirúrgica de Vargas Llosa o las alabanzas idealizadas de Palma y de Gálvez, y hasta con la envidia rencorosa de tantos politicastros del pasado y de turno; Lima, digo, es, qué duda cabe, la ciudad que más encarna la suma de lo que es el Perú entero, en toda su grandeza y miseria, sus virtudes y sus contradicciones. Qué mayor prueba que una de esas imperecederas conferencias de Porras llamada “El río, el puente y la alameda”, inspiraría aquel estribillo de lo que es considerado por muchos como el himno a la limeñidad, canturreado por peruanos y extranjeros por igual.

Raúl Porras Barrenechea reproduce en su personalidad esa misma síntesis que personifica la capital, puesto que supo resumir las disciplinas en apariencia heterogéneas que forjaron su inquietud intelectual y sus ansias de conocimiento. Porque él estuvo siempre abierto a todas las formas del conocimiento, atento a la defensa aguerrida de esos valores supremos del individuo que son la libertad y la justicia, más allá de cualquier retórica vacua. Fue por eso un adversario rotundo de toda clase de barbarie y tiranía y, como tan acertadamente lo indicara Jorge Basadre en el perfil que trazó de su amigo generacional, sus actos a lo largo de la corta vida de la que Porras gozó, constituyeron “una afirmación enérgica de los fueros de la cultura y del espíritu”. Curioso frente a la vida, Porras supo encauzar su insaciable

cuestionamiento hacia los senderos de la historia, la literatura, la diplomacia, el arte, la política, la geografía, el periodismo, además del pensar filosófico aun cuando Porras gustaba decir, según me lo reveló uno de sus más cercanos discípulos, mi dilecto amigo Carlos Fernández Sessarego, que él no era filósofo porque le irritaba la especulación abstracta, a la que prefería desafiar con la interpretación cognitiva asible de los hechos y las circunstancias que definen a los seres en su propio *ontos* vivencial. Sin embargo, aunque Porras no hiciera filosofía en el sentido convencional del oficio, su actitud vital fue siempre la del consumado pensador, ya que fue uno dispuesto a estimular en permanencia su propia imaginación creativa, para estar siempre en aptitud de mejor incentivar la de sus alumnos y contemporáneos.

Su inquietud humanista le permitió a Raúl Porras desplazarse por los variados campos de la cultura. Así, su vocación y su excepcional habilidad para el examen minucioso de documentos olvidados, y la escrupulosidad con que descubría los datos puntuales para sus estudios, lo llevaron a expurgar fuentes documentales nunca antes estudiadas. Sin embargo, no fue un mero explorador de pliegos y pergaminos sino que, con un talento excepcional, supo valorizarlos y pulirlos “hasta convertirlos en obras de arte”, al decir también de Basadre.

Igualmente, Porras fue no sólo un amante sino un practicante de la literatura. Los miles de textos que donó en vida a la Biblioteca Nacional, atestiguan de esa otra dedicación suya. Como incansable lector gustó de los clásicos a los que pudo leer en español y en francés, el otro idioma que dominaba. Pero su erudición, y esa curiosidad ilimitada que definió su trayectoria personal y profesional, no conocieron fronteras, que por eso incursionó en todo aquello que intuía como material valioso para sus investigaciones. Pocos académicos como Porras unieron a la seriedad científica y a la certeza del dato histórico un estilo literario que, según Riva Agüero, era ágil e incisivo, además de grácil en el sentido de vivaz, incitante y ameno. Algunos de los estudiosos de la obra de Porras y los pocos biógrafos

circunstanciales suyos, han encontrado en su prosa determinadas influencias tradicionales, mencionando con frecuencia algún ascendiente estilístico en Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y Azorín. Pero es el Porrás pedagogo, el profesor escolar, el catedrático universitario, el maestro, en fin, como lo llamaron siempre sus seguidores, el que define quizá la faceta principal de su actividad.

Con su proverbial honestidad intelectual, Mario Vargas Llosa escribió en *El pez en el agua* uno de los tributos más desprendidos que un destacado peruano haya rendido a uno de sus pares: “Tengo una gran deuda contraída con Raúl Porrás Barrenechea... Sus clases de historia eran deslumbrantes por la elegancia de sus exposiciones y el rigor con que preparaba su curso. Creo que todos los que tuvimos el privilegio de pasar por sus aulas vivimos la historia del Perú de una manera entrañable y, a la vez, cuestionadora pues, además de las riquísimas anécdotas con que el doctor Porrás aderezaba sus exposiciones, ellas incidían siempre sobre una problemática que nos planteaba múltiples desafíos intelectuales. Porrás Barrenechea no sólo fue un gran historiador sino un maestro en el sentido más generoso y cabal de esta palabra [...] Tal vez lo más importante fue su ejemplo de probidad intelectual. Como él era tan exigente consigo mismo en el trabajo intelectual, nada lo exasperaba más que la falta de seriedad, la negligencia o la picardía de esos profesores... que citaban de memoria o mentían a la hora de escribir sus trabajos de investigación, porque sabían que el público al que se dirigían no reconocería sus embustes. Porrás nos enseñó a sus discípulos a escribir como si los lectores de todo lo que publicáramos fueran los más inteligentes y los más cultos del mundo”. Estas reflexiones bien pudieron haber sido inspiradas en aquellas con que Jorge Basadre despediera en 1960 a Raúl Porrás Barrenechea, al día siguiente de su muerte: “Sus triunfos fueron los del talento y los de la cultura, en un país en que tradicionalmente se ha rendido tanta reverencia, a veces lindante con la adulación, al poder económico y al poder político”. Por todo esto, y por lo

mucho que queda todavía por decir, es que Raúl Porras Barrenechea encarna la imagen misma de la honradez intelectual, el rigor académico, la probidad ética y la integridad moral.

En cuanto al Porras diplomático, el segundo de entre sus tres oficios más vitales junto con la docencia y la política, debe recordarse que ingresó a la cancillería con apenas 22 años de edad y que, contrariamente a lo que algunos han negado, fue un diplomático de carrera que trabajó durante toda su vida en las dos vertientes del ministerio de Relaciones Exteriores –el servicio exterior y el de cancillería-- sin que ello afectara o interrumpiera su tarea docente en aquellas aulas del Parque Universitario ubicada a sólo cinco cuadras de Torre Tagle. (Cuenta la tradición discipular, que cuando Porras regresaba de alguna misión diplomática en el exterior, retomaba sus clases sanmarquinas con aquel *dicebamus hesternam die* atribuido a Unamuno al ser restituido a su cátedra en la Universidad de Salamanca, como si su ausencia no hubiese interrumpido ni un día el decurso de las clases). En la cancillería, Porras se desempeñó como Jefe del Archivo de Límites, una dependencia crucial que él creó y que subsiste hasta nuestros días con nombres variables, así como Director de Asuntos Culturales, oficina que también él fundó. Pero más allá de determinados cargos diplomáticos que ejerció y que culminaron en su nombramiento como ministro de Relaciones Exteriores, Porras contribuyó como pocos a la defensa territorial del país, por ejemplo respecto a la intangibilidad de la provincia de Tarata en Tacna. Su trayectoria diplomática lo llevó, asimismo, a ser ministro plenipotenciario en la Liga de las Naciones y embajador en España para, finalmente, en los dos últimos años de su vida, desempeñarse como Canciller de la República. Fue en esta condición en que dictó su última lección de ética profesional, al tratar por un mismo rasero dos coyunturas internacionales para las cuales, sin embargo, el gobierno al que servía deseaba aplicar criterios dispares. Fue aquel episodio que produjo el hoy proverbial discurso de San José, sobre el cual también se han dado algunas veces y por más de medio siglo

versiones espurias que, sin embargo, han prevalecido con mayor tenacidad que la verdad objetiva de los hechos, y que por eso mismo resulta necesario aclararla siquiera al paso.

La inmersión efímera pero decisiva de Raúl Porras en las aguas desapacibles de la política nacional, hizo que bregara durante toda su vida profesional por asentar la dimensión ética en la conducción de la cosa pública. Lo hizo partiendo de sus sólidas convicciones liberales fundadas en la defensa firme de una sociedad abierta, enemiga de la lacra del militarismo autocrático, la depravación del totalitarismo marxista y la perversión del mercantilismo capitalista, frutos todos del más inconcuso dogmatismo ideológico en EL que las llamadas derechas e izquierdas se han hermanado desde siempre. Así, apenas asumió la presidencia del Senado, Porras insistió “en mi posición liberal alejada por igual de los extremos del espíritu de partido, de derecha o izquierda, con sus inquisiciones internas y sus verdades parciales”, afirmando luego: “Para mí, el credo liberal no es una posición política sino intelectual y ética: es la vigencia del diálogo y de... la tolerancia de espíritu [...] Mi convicción liberal [...] es una prédica liberal de respeto a la ley y al mandato de la igualdad y del bienestar social”¹.

Para Porras Barrenechea, entonces, los principios tuvieron siempre jerarquía sobre las ideologías y, premunido sólo de ellos, combatió simultáneamente la atrofiada retórica de las derechas y la senilidad argumental de las izquierdas. Esa certeza liberal de Porras es la que explica la posición que asume como canciller en la VII Reunión de Consulta de la Organización de los Estados Americanos, convocada en San José de Costa Rica en agosto de 1960 y que, a pesar de los esfuerzos desplegados por el canciller peruano, concluye con la suspensión de Cuba del organismo hemisférico.²

¹ Repositorio de las sesiones públicas del Senado de la República, 1955-1960. Actas del Congreso Nacional, Lima, 1979.

² Debe tenerse presente que la República de Cuba –ese mismo país que, aun con el giro ideológico total que dio con la revolución, nunca cambió de nombre, como sí lo hicieron Bolivia o Venezuela tras sus vulgares remedos socialistas–, tiene una participación suspendida en la OEA, pero sigue siendo un país miembro de la organización hemisférica porque nunca fue expulsada como suele repetirse sin fundamento.

Esta rigurosa integridad intelectual que le hizo canjear hasta la propia vida por sus principios, explica el significado de la posición que asume Porras en la mencionada VII Reunión de Consulta, y que recuerda su calidad moral y la sagacidad profesional con que siempre actuó como diplomático. La pereza intelectual, sin embargo, tan próxima a la lenidad ética que caracteriza a un grueso espectro de contestatarios vernáculos, ha hecho que muchos reivindiquen la posición asumida en San José por el canciller Raúl Porras Barrenechea, como un alarde independentista latinoamericano frente al llamado imperialismo norteamericano, y no como lo que realmente fue, una condena estrictamente jurídico-diplomática principista, vibrante pero serena, a todo y cualquier tipo de intervencionismo regional o extracontinental. Por eso, es necesario recordar aquello que se ha dado en llamar la lección final de Porras, que fue en lo que se convirtió, por razones del destino, su ya legendario discurso de San José, al reflejar una resuelta defensa de la primacía de los principios sobre las ideologías. Debe tenerse en cuenta que para este insigne pensador “de posición liberal inveterada”, como él mismo se autocalificó en sus días de agonía, al decir del embajador Carlos Alzamora en un libro sobre el tema³; para ese hombre ya de cuerpo frágil pero de mente recia, el poder de toda palabra comprometida con los intereses superiores del país, debía basarse siempre en principios éticos, por la sencilla razón de que éstos, a su firme juicio, nunca debían ser solamente una categoría moral neutra sino un valor político tangible. Ello explica claramente la lógica impecable de las posiciones, aparentemente contrapuestas, que Porras asumió como canciller en la VI Reunión de Consulta de la OEA y, pocas horas después en ese mismo día histórico, en la VII Reunión de Consulta.

En el sexto encuentro, Porras compelió a la asamblea hemisférica a constituirse en “tribunal de conciencia” --así lo tildó-- para condenar al gobierno dictatorial de la República Dominicana por su deleznable agresión

³ Alzamora, Carlos: *La agonía del visionario – La lección final de Raúl Porras*. Ediciones El Virrey, Lima, 2000. p. 56.

claramente intervencionista en Venezuela. Pero, a renglón seguido, en la VII Reunión se resistió a que se impusieran sanciones a la naciente Cuba socialista, en estricta aplicación del mismo principio de no intervención con que solicitaba condenar al gobierno dominicano, un comportamiento por lo demás que había guiado históricamente a la diplomacia peruana y que me gusta pensar que sigue guiándola hasta nuestros días contándose, hoy, al frente de Torre Tagle con un ilustre jurista como el actual canciller. De esa forma, el Maestro Porras estaba reafirmando su convicción de que los principios también deben asumir una categoría ética en las relaciones interestatales: respecto de Venezuela, lo demostraba defendiendo la integridad de aquel país ante el intento comprobado del dictador Rafael Trujillo de asesinar al presidente democrático Rómulo Betancourt; y respecto a Cuba, aplicando escrupulosamente ese mismo criterio, anticipándose a cualquier injerencia hemisférica, como la execrable invasión de Playa Girón pero también, para decirlo con las palabras textuales de Porras que recoge Alzamora, “a la intromisión del gobierno soviético cuyo objetivo evidente es... impulsar la penetración extracontinental”.⁴ Queda así claramente establecido que, para Raúl Porras Barrenechea, los principios tuvieron hasta el final de su existencia primacía sobre las ideologías –pensamiento y conducta de una vida ejemplar, alejada por igual de la oxidada retórica de las derechas economicistas como de las izquierdas atrofiadas, ambas enemigas declaradas del pensamiento auténticamente liberal que personificó, mejor que nadie en el Perú, Raúl Porras Barrenechea.

* * *

Será tal vez por la tenue diferencia que las distingue, que suele con frecuencia confundirse la muerte prematura con aquella natural o la previsible. Porque si algo diferencia a la muerte precoz, es que trunca inesperadamente un

⁴ Cf. Alzamora, Carlos: *La agonía del visionario – La lección final de Raúl Porras*. Ediciones El Virrey, Lima, 2000. p. 56.

proyecto de vida que permitía vislumbrar aportes y contribuciones aún mayores a futuro. Ese fue el caso del Maestro Porras, cuyo temprano fallecimiento a la edad de 63 años privó para siempre al país de lo que ya estaba manifiestamente demostrando, con una obra imprescindible para el afianzamiento de la peruanidad.

La vida de quien, a mi juicio, relevó a José de la Riva Agüero como el último de los renacentistas peruanos hasta entonces, fue tan intensa como breve porque, cuando la observamos en el retrovisor del tiempo, nos percatamos que fue precisamente eso, el tiempo, lo que le faltó a Porras para poder rematar una obra todavía mayor a la conocida riqueza y variedad de su producción intelectual y política, resultante de su calidad intelectual y su enorme versación que recogen sus libros, conferencias, intervenciones parlamentarias, discursos y escritos periodísticos, así como aquellos textos que aún yacen inéditos y que sólo algunos pocos hemos tenido el inmenso privilegio de poder asomarnos a ellos. A estas limitaciones temporales se sumarían sus constantes viajes, su presencia como senador y como canciller en la vida política de la nación –vida y conciencia crítica ciudadana a las que nunca aspiró, pero a las que fue llamado en reconocimiento a su inmenso talento y su vocación de servicio.

* * *

Como Director del centro de investigaciones humanísticas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos que perenniza el nombre de Raúl Porras Barrenechea, agradezco esta ocasión que se me ha brindado para recordar resumidamente la trayectoria de uno de los más insignes pensadores de la república.